

sedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Y le dió en público sus preceptos, y oyó y escuchó la voz de Dios, la ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES.

La honra que se rinde á los Santos es una especie de feudo que se tributa á la virtud. Bien puede el mundo perseguir á los buenos; pero no puede dejar de respetar la inocencia, la rectitud, la bondad, conservando con veneracion la memoria del justo: *Cujus memoria in benedictione est.*

Las mayores dignidades desaparecen; no se hace larga mansion en los empleos mas elevados; ni la florida edad es la mas dilatada estacion de las cinco en que se distribuye la mas prolongada vida. Acábase con ésta la nobleza, la elevacion, la preeminencia; el fausto cae, el tumulto pasa, el ruido cesa; y parece que toda la diversidad de condiciones se reduce á representar diversas escenas en el teatro del mundo. No hay bienes sólidos, sino los que trae consigo la virtud cristiana; no hay felicidad, no hay alegría, no hay gloria permanente sino la de los santos. ¿Por qué tanto fausto, tanto orgullo, tanto tren en los grandes del mundo? Porque todas sus grandezas son vacías, y para que brillen es menester mendigar postizos esplendores. La majestad de la virtud brilla por sí misma; la santidad no ha menester adornos forasteros; por eso son tan comunes en los santos la dulzura, la mansedumbre, la afabilidad, la humildad, y hasta la misma simplicidad. Su memoria está llena de bendicion, aunque su vida se vea ordinariamente acompañada de contradicciones, de persecuciones, y de reveses. No les perdona la calumnia, ni el mundo les puede sufrir, porque su rectitud, su prudencia, su ejemplar piedad, es una muda condenacion de la licencia y del desorden de los mundanos: *Gravis est nobis etiam ad videndum, quoniam dissimilis est aliis vita illius.* (Sap. 2.) No siempre se explica así; pero nunca discurre de otra manera. Los disolutos miran á los virtuosos como censores importunos; este es el origen de aquel desabrimiento, de aquel enfado, de aquella hiel que sienten contra los que profesan una vida arreglada, pura, santa, ejemplar; de los cuales no es digno el mundo, y que son tan desemejantes á ellos; pero despues de su muerte, cuando ya no los tienen presente, entra la memoria de su virtud á exigir el tributo que se les debe, y entonces se les paga. Bien puede la virtud ser maltratada por algun tiempo; pero nunca pierde sus derechos.

El Evangelio es del capítulo 1 de S. Mateo.

Estando desposada la madre de Jesus Maria con José, se halló preñada del Espiritu Santo antes de haber estado juntos. José su marido siendo justo, y no queriendo delatarla, quiso dejarla secretamente. Pero mientras pensaba esto, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas tomar á Maria por tu consorte, porque lo que ha concebido es del Espiritu Santo. Parirá un hijo, y le pondrás por nombre Jesus: porque él será el que salvará á su pueblo de sus pecados.

MEDITACION.

De la verdadera devocion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay cosa mas amable, ni mas digna de un corazon cristiano y aun racional, que la piedad verdadera. Sola ella puede serenarle; ella es la que hace al cielo sereno y al mar tranquilo, porque sus primeros golpes son á rendir al amor propio, y á sujetar las pasiones. El amor de Dios es su alma, y la perfeccion es su fruto.

La virtud comunica un resplandor que oscurece la falsa brillantez de este mundo. Ella sola basta para hacer frente á las desgracias. Es aquella piedra preciosa, que hace rico á quien tiene la dicha de encontrarla; es tesoro, pero tesoro escondido. ¡O mi Dios, y qué poco se conoce el precio de la verdadera virtud! ¡qué pocos retratos se hacen que se la parezcan!

La verdadera devocion no es ceñuda, enfadosa, agreste, ni inurbana; su aire no es austero, ni desabrido; no consiste en excesos de un zelo arrebatado; aborrece el fausto y la ostentacion; no gasta escrúpulos, gestos, ni figurerias; ignora esos modales artificiosos, afectados, y enteramente mundanos. Su carácter es el de una noble simplicidad, siempre igual, y nunca contraria á sí misma. Esta es la verdadera devocion. ¿Es esta la mia?

Enemiga de todo disfraz, gana el entendimiento por su rectitud, y conquista el corazon por su dulzura majestuosa, patente á todos en su modestia y en su ingenuidad. Es mas respetable cuanto es mas humilde; y su mérito no depende ni del capricho, ni de las fantasías de los hombres; nada mas independiente del humor que la verdadera virtud.

Léjos de seguir aquellas sendas extraordinarias, que muchas

veces descaminan, y distante de aquellas ideas presuntuosas, que siempre fomentan el orgullo, encuentra en las obligaciones mas comunes de su estado un camino seguro, firme y sólido para arribar á la mas elevada perfeccion.

Es grande injuria de la virtud imaginar que sea propia de ella la rusticidad, porque tal vez se encuentre en los que hacen profesion de devotos. La incivilidad es defecto: luego le condena la verdadera virtud. A la verdad, la devocion no afecta ciertos modales ceremoniosos de cortesania; pero tampoco olvida las mas minimas atenciones de la verdadera urbanidad. La devocion atenta cultiva y pule el espiritu mas rústico y mas grosero. ¡Qué efectos no produce en un corazon cristiano y en una alma pura! ¡qué dulzura, qué paz se encuentra en un corazon donde reina Dios! ¿cuando lo experimentaré yo, dulce Jesus mio?

PUNTO SEGUNDO. — Considera el retrato que hace S. Pablo de la verdadera devocion, haciendo el de la perfecta caridad; y examina despues si el tuyo concuerda con este original.

La caridad, dice el Apóstol, es paciente, es dulce, es benéfica, no es envidiosa; nada hace contra razon, no es ambiciosa, no es hinchada, ni desdenosa; no busca su propio interés: de ninguno piensa mal; anticipase á hacer todo bien; siempre humilde, siempre oficiosa; de nada presume, jamás se encoleriza; todo lo sufre con paciencia y todo lo escusa con caridad.

Esto quiere decir que una persona sólidamente virtuosa, un hombre verdaderamente devoto, es un hombre sin amor propio, sin artificio, sin ambicion; un hombre siempre severo consigo, que á sí mismo nada se perdona, al mismo tiempo que estremadamente dulce y apacible para los demás escusa todas sus faltas; bueno sin afectacion, condescendiente sin bajeza, oficioso sin interés, observante sin escrúpulo, y continuamente unido á Dios, sin que le cueste violencia; con bajo concepto de sí mismo, con grande estimacion de los demás, porque en los otros solo mira las virtudes que los adornan, y en sí solo considera las miserias á que está sujeto. Siempre contento, y siempre igual: porque como sola la voluntad de Dios es la medida de sus deseos, y la regla de su conducta, siempre hace lo que Dios quiere, y siempre quiere lo que Dios hace.

¿Te conoces á tí mismo en este retrato? Este es el de los devotos verdaderos. ¿Mas es por ventura el tuyo? Quisieras sin duda gustar los frutos de la verdadera devocion; ¿pero qué es lo que haces para recogerlos? En S. José encuentras un gran

protector, y un gran modelo de la verdadera virtud. Mira su amor á la castidad, y acuérdate que Dios gusta de las almas puras. Considera su humildad, su dulzura, su mortificacion, su recogimiento interior, su perfecta sujecion á la voluntad de Dios, su tierno amor á Cristo y á María. Todas estas virtudes son inseparables de la verdadera devocion.

¡Ah, Señor, y qué desproveido me hallo de ellas! ¡Y como siento, como conozco mi necesidad! Pero todo lo espero de la poderosa proteccion de S. José; en su nombre os pido aquella pureza, aquel recogimiento, aquella mortificacion, aquella humildad, basa de todas las virtudes. Os pido vuestro amor, pero un amor tierno y constante; os pido una gran ternura para con vuestra santísima Madre; os pido en fin la verdadera devocion, que es la herencia de vuestros escogidos.

JACULATORIAS. — Habiendo buscado en todas partes mi paz y mi quietud, solamente la hallé cuando viví de asiento en la casa del Señor. (*Eccli. 24.*)

Aquella paz de Dios, que es superior á todo cuanto se puede pensar, posea y guarde vuestro corazon y vuestro entendimiento en nuestro Señor Jesucristo. (*Philipp. 4.*)

PROPOSITOS

1 Siendo tan provechosa para nosotros la proteccion de los santos, no es razon mirarla con indiferencia. Si tanto apreciamos y aun cultivamos la gracia de los que están cerca del príncipe, y le deben su confianza, ¡con qué ansia debemos aspirar á merecer la proteccion de los que están mas elevados en la gloria, son mas validos, y tienen mayor poder con Dios! Infiere de aquí la devocion que debes profesar á S. José. ¿Qué santo mas poderoso con Cristo y con la Virgen, que el que en cierto sentido verdadero fué padre del uno y esposo de la otra? El que retirando á Egipto al niño Jesus, salvó, por decirlo así, al mismo Salvador. Confia en la poderosa intercesion de este gran Santo, pero no omitas diligencia alguna para merecerla. Ningun año dejes de confesar y comulgar el dia de su fiesta; solemnízala con tu familia. Invócale cada dia con alguna oracion particular. Tómale por tu abogado para toda la vida; en las horas encontrarás muchas oraciones en reverencia de S. José; rézalas todos los dias, si puedes hacerlo bienamente; y cuando no, á lo menos no dejes de rezarlas los miércoles de cada semana, por ser este el dia que parece haber consagrado á S. José la devocion de los

fieles. Apenas habrá lugar donde no haya alguna iglesia, ó á lo menos alguna capilla dedicada á S. José. Los carmelitas y las carmelitas descalzas, animados con el espíritu de su santa Madre, celebran en todas partes con mucha solemnidad la fiesta del santo Patriarca; procura asistir á ella y ganar las indulgencias concedidas á los que visitan sus iglesias. Ten en tu cuarto la imagen de S. José, y escógele por particular protector de tu familia, inspirando continuamente á tus criados, á tus hijos, y á los que están á tu cargo, una entera confianza, tierna devocion y respeto singular á S. José.

2 No hay en el mundo estado ni condicion que no pueda, y aun deba tomarle por su protector. Los grandes, porque fué de sangre real; los casados, porque tambien lo fué con la Santísima Virgen; los pobres oficiales, porque fué un pobre carpintero. Los mendigos y despreciados hallarán en él un verdadero padre. Los caminantes experimentarán su proteccion en sus viajes, cuyas incomodidades y peligros esperimentó el mismo Santo en los que hizo á Egipto y á Nazareth. Por lo que toca á la vida interior, á la verdadera devocion, y á la castidad, se puede decir que S. José fué el modelo de los que la profesan. ¿Y qué devocion no deben tener á este gran Santo todas las personas religiosas? Finalmente, S. José es abogado especial de la buena muerte; habiéndose fundado con autoridad apostólica debajo de su nombre y proteccion muchas piadosas congregaciones y cofradías para ayudar á los moribundos en aquel momento crítico. Procura alistarte en alguna de ellas, y cumplir exactamente con sus obligaciones. La buena muerte es la obra máxima de toda la vida. ¿En qué otra hora necesitamos mayores auxilios? ¡y qué consuelo haberlos merecido para entónces por medio de una tierna devocion con este gran Santo, cuando siempre se experimentan los efectos de su poderosa proteccion en aquella postrera hora! Pide á Dios todos los dias la gracia final, y pídesela por intercesion de S. José.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

SAN JOAQUIN, padre de la Santísima Virgen Maria Madre de Dios, en Judea, cuya festividad se celebra el domingo despues de la Asuncion de la misma Virgen. (Véase la historia de su vida en las de este dia.)

SAN ARQUIPO, en Asia, compañero del apóstol S. Pablo, de quien el